

Cordelia

Volumen 1

Abril, 1913

Número 8

Publicación mensual
dedicada á la mujer costarricense.

Director,
José-Fabio Garnier

ESPOSA del célebre Tomás Carlyle nació en 1801 en Haddington. Fué muy desgraciada en su vida de matrimonio debido a los celos extraordinarios que la causó la amistad de Lady Ashburton con su marido; desde los cuarenta años fué víctima de una neuralgia continua; el 21 de abril de 1866 la encontraron muerta en el coche que guiaba en Hyde Park. Escribió muchas poesías de verdadero mérito; las cartas suyas que fueron publicadas después de su muerte en tres volúmenes de *Memorias y Correspondencias* (1883-1889-1903) la colocan en un puesto muy aventajado en la literatura epistolar. De esos volúmenes publicará CORDELIA, en uno de sus números próximos, algunas selecciones. Se la conoció con el nombre de *La flor de Haddington*; poseía un temperamento delicado y una inteligencia valiosa; fué una verdadera colaboradora de su marido quien a menudo siguió sus consejos en lo que se refería a las cuestiones literarias.



JUANA CARLYLE

CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

SUMARIO

Número 8

Juana Carlyle (con retrato).....	La Dirección
Más allá del misterio—II.....	Maria Plattis
Letanías de la tristeza.....	Eugenia de Guérin
Mujeres ideales: Ofelia.....	Eugenio de Hostos
Cortejo blanco.....	Condesa del Castilla
Meditación ante un rostro.....	Lucía Delarue-Mardrus
La cultura de la mujer.....	Consuelo Moreno
Las mujeres y los libros.....	Sara Coleridge
De mi Diario.....	Eugenia de Guérin

Más allá del misterio

II

Hay días en la vida, aun en medio de la mayor felicidad, en los cuales un demonio malo nos induce a la inquietud, al descontento de cuanto poseemos, para volvernos, con maligna intención, hacia lo que no poseemos o no poseeremos nunca. Estas horas negras que atacan generalmente a la mujer en su juventud y la dan melancolías, impaciencias, iras, cambios de humor, inexplicables para los otros, tampoco la abandonan, por desgracia, en la nueva fase de su vida, en el matrimonio.

Ella lo había esperado antes, en sus alegrías de novia, en su luminoso trono de esposa: se había creído libre para siempre de la esclavitud del dolor que pesa sobre la pobre humanidad, y cuando no la destroza con las desventuras la atormenta con las tristezas misteriosas. Pero hé aquí que en lo mejor de su alegría, el enemigo, como un negro milano, descendiendole rapaz y la envuelve en la negra y profunda som-

bra de sus alas. Es en un día de malestar, en una hora de soledad. El inútil y elegante bordado se le escapa de las manos: el libro sigue siempre abierto en la misma página... La joven señora tiene ante sus ojos un calendario, recuerda que aquel mismo día, aquella misma noche, fué para ella una fecha feliz... Oh! un baile, una *premiere* en el teatro, un *five o'clock*, una excursión, un pequeño acontecimiento cualquiera de su vida de señorita, pero que basta para hacerla volver la cabeza hacia la dulce ribera abandonada, hacia su inocente virginidad que no vuelve... Y casi sin quererlo, se pone a comparar su existencia de entonces, tan descuidada, tan rosada, tan alegre entre las amigas y los pretendientes, con su vida del presente, donde hasta las dulzuras más profundas aparecen revestidas de la severa majestad del deber. Piensa en aquellas de sus jóvenes compañeras, todavía libres para volar de fiesta en fiesta; para dejarse llevar en el torbellino de la danza; para ir a los paseos munda-

nos; para aceptar invitaciones en la casa de campo; para hacer viajecitos; para estar ociosa o tocar el piano y para aprender alguna nueva labor artística: mientras ella... mientras ella... tiene un amo: un amo benigno, tierno, indulgente, pero siempre un amo, y suspira...

* * *

Eso es! Suspira! Ella que se sentía y se proclamaba tan feliz! Suspira sin saber por qué o quizá sabiéndolo... Es inútil ocultarlo. El esposo ya no es el de los primeros días, ya no es el de la luna de miel. Es todavía tierno, previsor, pero ha tenido momentos de impaciencia, horas de malhumor: dos o tres veces ha hecho pesar su autoridad de cabeza de familia por una comida mal preparada, por una habitación desordenada, por un gasto demasiado fuerte. Ella suspira... Ha pasado el tiempo dichoso de la indulgencia soberana, de la rendición absoluta, cuando el tirano era un esclavo encadenado a sus pies y sus deseos eran leyes. Piensa en el viaje de boda que ya le parece lejano, en las dulces locuras de aquellos días, en las palabras, en las promesas apasionadas: Pasaré toda la vida adorándote! Te consagraré todas las horas, todos los momentos: mi única misión en el mundo es la de hacerte feliz!—Lejos de eso... además de ella, hay el empleo, la profesión, las ocupaciones, los otros afectos de familia, las obligaciones de la parentela, las amistades, los deberes sociales y civiles, los pasatiempos inofensivos a los cuales ciertos maridos, si bien enamoradísimos, no saben renunciar, como el de ir a fumar un cigarro al café en compañía de los amigos,

tomar parte en alguna cacería, en alguna reunión deportiva o hípica, jugar alguna partida de naipes o al billar... pasatiempos inofensivos que ella se guardaría de prohibirle, pero que en su secreto odia porque lo tienen lejos de ella, porque la proporcionan horas de soledad, de tristeza, de lágrimas. Y si el esposo, adivinando a su regreso el motivo secreto de estas primeras nubes que oscurecen el horizonte de su serenidad conyugal, se muestra generoso y renuncia espontáneamente a alguna de sus distracciones para permanecer a su lado, se mostrará ella agradecida, pero la amargura no desaparecerá de su corazón. Si él puede hacer un sacrificio renunciando a un placer fuera de ella, quiere decir que ella no reina ya, soberana absoluta, en su vida. Bourget, el sutil analizador de la psicología femenina, lo ha dicho cuando escribe en *«La physiologie de l'amour»*:

«Sacrifiez un plaisir a une femme, elle vous en voudra, et elle aura raison. S'il y a pour vous quelque chose d'agréable hors d'elle et loin d'elle, vous ne l'aimez plus».

* * *

Una de las causas principales de las inquietudes, de las lágrimas, de las melancolías a que la joven señora se abandona fácilmente en los primeros meses de su nueva vida, reside en el demasiado tiempo que tiene a su disposición para fantasear. Si vive en familia, la suegra la evita todas las fatigas, las responsabilidades, los pensamientos de la dirección de la casa, y ella está allí como una señorita que completa su educación. Si ella es la dueña, una familia compuesta de dos per-

sonas y de una o dos domésticas—a menos que no se trate de una condición social que obligue a la dirección de un palacio y de una entera jerarquía de servidores—se dirige fácilmente. Los muebles son nuevos, la ropa blanca es nueva, los vestidos nuevos: no hay nada que conservar, lo demás marcha por sí solo. Y pasan muchas horas, mientras el marido está fuera, que la esposa no sabe como emplear. Lee un poco, después se cansa, toca un poco el piano, escribe alguna carta, da una orden a la camarera, otra a la cocinera: y después? Después se acomoda en la butaca para hacer labores, murmurando entre puntada y puntada—es demasiado!—prestando sobrada atención a las punzadas de su exagerada sensibilidad, a las fantasías de su imaginación, a las exigencias de su egoísmo personal. Ah! muchas veces, estas primeras horas de ocio del pensamiento, en la existencia conyugal, son el terreno en el cual puede germinar propicia la mala simiente de la discordia, de la tentación, de la volubilidad. Nunca estamos tan cerca de ser infelices como cuando no tenemos nada que desear. Faltándonos verdaderos motivos de descontento, nos los creamos ficticios, los cuales nos hacen sufrir como si fuesen verdaderos y pueden demoler, corromper como polillas insidiosas, como criptógamas venenosas, toda la floreciente belleza de una felicidad sana y sincera.

Escribe un novelista francés, Gaston Lavalley: «La felicidad! Mientras caminamos con los ojos fijos en esta meta radiante, oscuros enemigos nos envuelven como la bruma envuelve a la nave. Los pequeños acontecimientos, las imprudencias, los errores, las faltas de cada día.

Artífices de destrucción trabajan en la sombra y pasan inadvertidos. Pero cuando queremos tocar la tierra prometida, naufragamos con todas nuestras esperanzas».

En guardia pues contra estos hipócritas enemigos! En guardia desde el principio para dominarlos enérgicamente! Y cómo? Con la obra, señoras, con el trabajo que todo lo vence, que destruye las malas fantasías, los vapores sentimentales, las susceptibilidades peligrosas. En un reino, por pequeño que sea, hay siempre mucho que vigilar, que ordenar, que decidir, que mejorar. Si el mobiliario es nuevo, procurar embellecerlo con aquellos accesorios de buen gusto que una señora de ingenio puede preparar por sí misma: cultive flores para que en su habitación no falte nunca esta sonrisa primaveral: y no se fíe de la camarera para el guardarropa ni de la cocinera para la cocina: su vigilancia directa, su intervención frecuente la hará apercibirse de muchos descuidos, de muchos defectos que enmendar que no aparecían a su vigilancia superficial. Y además una mujer que ama con toda el alma al compañero a quien se ha entregado, puede dejar un momento de ofrecerle como un oloroso incienso todos sus pensamientos, todas sus acciones? Debe custodiar la ropa que le pertenece, de modo que encuentre siempre muestras de su vigilancia y delicada ternura en vez de los comprados servicios de los domésticos. Debe hacer agradable la estancia que habitan en común, por medio de aquellos minuciosos cuidados que indican la superioridad del espíritu sobre la materialidad del acto de preparar una mesa, de disponer un mueble, de velar una lámpara, de distribuir

libros y fotografías. La preocupación constante de mostrarse graciosa, elegante, deseable a los ojos del marido, bien sea con el *matinée* o con el traje de mesa: con el delantal usual para entrar en el guardarropa y en la cocina. Además las obligaciones sociales. No se hacen ahora las clásicas visitas de un tiempo; pero existen los *five o'clock*, en los cuales necesita tomar parte y corresponder: los encargos que le dan las amigas, las obras de beneficencia en que interesarse, y en fin, si la señora es inteligente e instruída, puede seguir el movimiento artístico, aunque sea en parte para no ignorar lo que se hace en su propio país. No basta tener en la mesa los últimos libros y en el piano la partitura de la ópera reciente: no basta llenar el álbum de fotografías artísticas y de tarjetas conmemorativas; es preciso conocer con precisión el producto y el acontecimiento de que se discute, no por vanidad sino por procurarnos el goce puro y alto de vivir la vida superior, que nos eleva moralmente, que da a nuestro espíritu múltiple actividad, que elimina las frivolidades y las seducciones malsanas, que siempre es fuente de serenidad, amenudo de consuelo y no raramente salvación suprema en las vicisitudes de la existencia.

* * *

He conocido a muchas señoritas deseosas de casarse, no por deseo de un esposo y de una casa propia, sino para lanzarse como un torbellino en la vida mundana. Algunas crecieron en familias de opiniones un poco rígidas y se vieron siempre contrariadas en sus aspiraciones di-

rígidas a la diversión y a la sociedad elegante: y por medio de la independencia adquirida con el matrimonio, esperaban finalmente satisfacerlas. Otras habían sido acostumbradas desde niñas a la vida de los salones y de las reuniones mundanas, pero sabían que una posición de señora les permitiría ponerse más en evidencia, desarrollar mayor lujo, frecuentar más libremente la sociedad, recibir y dejarse hacer la corte a sus anchas. Esa bendita vida mundana que atrae a la mujer como la luz atrae a la frágil mariposa, es siempre la causa de sus dolores más irremediables, de sus caídas, de sus vergüenzas. Sería preciso enseñar a la mujer, en sus primeros años, a frecuentar la sociedad por deber más que por placer. La sociedad la necesita como la familia, y ella tiene la obligación, como individuo, de concederle con su presencia cuanto la naturaleza le ha dado de superior: la belleza de la persona, la gracia de los modales, la vivacidad del espíritu, la elegancia del aspecto, la cultura y el ingenio. Pero la mujer verdaderamente distinguida, pagado su tributo, volverá con alivio, con dulzura, con serena alegría al pequeño reino de su intimidad doméstica, a las austeras ocupaciones de sus horas de soledad. Las criaturas que hacen de la vida mundana el exclusivo fin de su existencia y el exclusivo alimento de su alma, atrofian los gérmenes de las cualidades más luminosas y profundas que Dios había infundido en ellas, adquieren una personalidad artificiosa, superficial, uniforme, que las hace fastidiosas para todos los que viven en diversa atmósfera, y después de una breve época de placer, prepara una larga, desierta, tristísima edad de

desengaños, de contrastes, de desolado abandono.

Al principiar su vida mundana deberá una recién casada reflexionar bastante, armarse de mucha energía, de mucha sagacidad, de mucha prudencia. La brillante sociedad es un peligroso engranaje: dadle un dedo y os tomará la mano y el brazo y la cabeza... Ya que resulta bastante difícil aceptar una invitación y sustraerse a otra, mejor es limitarse en los conocimientos, en los compromisos y en los gastos, que muchas veces llevaron a la ruina a familias bien acomodadas. Así pues, si no segregarse, tampoco entregarse completamente a la corriente que os arranca del dulce nido, de la tranquila soledad, de los fieles afectos. Ha de tener la señora su día de recibimiento, que le asegure la libertad en su casa para los otros seis días de la semana; no falte a las visitas de obligación, de felicitación, de agradecimiento; de obsequio, si el esposo tiene algún superior casado; pero reduzca a lo estrictamente necesario, cuando puede elegir entre ir y quedarse, y prefiera los salones donde la sociedad es más seria y elegida. Si va a los bailes, no permanezca hasta el término, y si el marido le permite bailar no abuse de la concesión. No lleve a los tea-

tros toilettes audaces de modo que se haga confundir con ciertas señoras con las cuales no debe tener nada de común. No sea asidua a los paseos elegantes, que son en realidad lugares de seducción, de lujo y de ruindad; en las tertulias ha de ser amable con todos, pero guárdese de demostrar preferencia, aunque sea determinada por sentimientos inocentísimos, hacia este o aquel caballero. No se separe jamás con ninguno de ellos: trate de buscar más que todo la compañía de las señoras y sea afectuosa y delicada hacia el propio marido, no imitando a ciertas mujeres, las cuales, aun siendo buenas y tiernas esposas, afectan en sociedad un continente desdeñoso y ligeramente burlón con su compañero, y por temor a un ridículo que no existe sino en su mente fatua, caen en una inconveniencia.

En cuanto a lo demás, aun para lo que atañe a la vida mundana, deberá la señora ponerse perfectamente de acuerdo con el esposo, secundar sus gustos y sus costumbres. Ningún sacrificio le parezca demasiado grave, pensando que el verdadero amor es tal tesoro en la existencia, que nunca será demasiado cara su adquisición.

MARÍA PLATTIS

ERRATA: en el número 6-7, en la línea 41 de la primera columna de la página 96 debe leerse: Su sacrificio es completo; para los imbéciles que no pueden pensar, esas almas hermosas que todo lo sacrifican ante el deber no existen, es imposible que existan, para ellos Rebeca es un ser ideal, etc.

Setanías de la tristeza

Oh Jesús, de mirar dulce y profundo,
Que sólo a padecer viniste al mundo:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Señor, al nacer, desamparado,
Y, al morir, en la cruz crucificado:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Cristo, que, con brazos redentores,
Echaste sobre tí nuestros dolores:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Jesús, que viviste en tierra extraña,
Errabundo en el yermo y la campaña:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Señor, que en este mundo no tuviste
Ni donde reposar tu rostro triste:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Cristo, que sin hiel y casi inerte
Al dolor, fuiste triste hasta la muerte:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Jesús, que sufriste tentaciones
Y fuiste suspendido entre ladrones:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Señor, que en orfandad y desabrigo,
Viste morir a Lázaro, tu amigo:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Cristo, que, en la tarde de la cena,
Miraste sollozar a Magdalena:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Jesús, que, en instantes aflictivos,
Sudaste hasta la sangre en los Olivos:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Señor, torturado de hondas dudas,
que recibiste el ósculo de Judas:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Cristo, renegado y flagelado,
Y de espinas punzantes coronado:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Jesús, que, impotente, escarnecido,
Lanzaste, ya al morir, un gran gemido:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Señor, que a tu madre idolatrada
Viste a tus pies, en lágrimas bañada:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

Oh Cristo, agonizante y sitibundo,
Que sólo a padecer viniste al mundo:

Ten piedad de mi lóbrega tristeza!

EUGENIA DE GUÉRIN

Delicada escritora francesa autora de un precioso *Diario*. La poesía que reproducimos fué traducida por el poeta de Colombia, Cornelio Hispano.

Madres y hermanas, vosotras tenéis una revista para vosotras, acordaos que también vuestros hijos y vuestros hermanos deben leer, compradles **SAN SELERIN...**, el mejor compañero que los niños pueden tener, la más delicada colección de cuentecitos que podeis regalarles.

Mujeres ideales

Ofelia

El traductor inglés de *Wilhelm Meister* traduce de este modo la comparación en que Goethe resume su juicio sobre Hamlet: *An oak tree is planted in a costly vase, which should only have borne beautiful flowers in its bosom: the roots expand, and the vase is shattered.*

«Plantan una encina en un florero, que sólo hubiera podido contener flores delicadas: las raíces se extienden, y se hace pedazos el florero».

Ese no es Hamlet; es Ofelia: un corazón de cristal, que un choque rompe.

El autor de *Wilhelm Meister*, que cometió la irreverencia de pasar de largo por delante de esta delicadísima creación, no supo admirar en ella lo más admirable que ella tiene: su divina vaguedad.

En las noches sombrías de esos radiantes cielos del Pacífico, cuando apenas se atreven a fulgurar las estrellas más vecinas, inopinadamente rasga los vapores de la atmósfera una luz que brilla, se desliza y muere; es una exhalación, un meteoro luminoso, una estrella fugaz: no por haber durado poco, ha dejado de iluminar el firmamento.

Así Ofelia en *Hamlet*. Es una estrella fugaz en el cielo de la tragedia. Apenas aparece, desaparece; brilla para desvanecerse. Son sus formas tan vagas, que nos parecen impalpables; es su influencia tan rápida, que nos parece nula. Y, sin

embargo, no hay expresión de su rostro, palabra de sus labios, ademán de sus manos, quejido de su corazón, lamento de su alma, que no quede grabado en nuestro espíritu, que no guarde con cuidado el corazón, que no se complazca en representar la fantasía. Ha caído la estrella fugitiva, y aún divisan los ojos su estela luminosa.

Quien haya visto a la angelical criatura oyendo los consejos de su hermano, sometiéndolo su amor al mandato de su padre, narrando la aparición inesperada de su amado, fomentando su amor por su piedad, su piedad por su amor, desgarrando su delicado corazón al oír las amorosas brutalidades de su amante, lanzando su espíritu de luz en las tinieblas del caótico amor que la enajena, cayendo de la cumbre de todas las esperanzas al abismo de la locura inesperada, cantando canciones disonantes y esparciendo flores expresivas, precipitándose en el agua, como en la vida, sin conciencia del riesgo que corría; abandonándose a la corriente como se abandonó a su amor, sin saber que se abandonaba a la vorágine; quien la haya visto vivir un momento, sufrir tanto, morir tan pronto, alejándose agua abajo con la luz de su sonrisa en los labios, como se aleja cielo abajo la luz de las estrellas fugitivas,—árido será de corazón y de conciencia, si no se queja como ella en el único momento en que se queja: *To have*

seen what I have seen, see what I see! «¡Haber visto lo que he visto, ver lo que veo!» Árido será de corazón y de conciencia, porque hay un Hamlet en el fondo de todo corazón humano; y en la oscuridad de la conciencia de ese Hamlet, hay siempre el centelleo de una luz que no supo recoger. La luz murió o pasó; pero su estela queda, y jamás, aun cuando la luz de la justicia ilumine la oscuridad de esa conciencia, volverá aquella sonrisa del cielo a inundar con sus delicias la existencia.

El primer amor, el amor único, es la forma primera de la felicidad, quizá la única; forma vaga, impalpable, fugitiva, como Ofelia. Como Ofelia, momentánea en la vida, eterna en la memoria de la fantasía y del corazón. Como Ofelia, una súplica en vida, un remordimiento en muerte. Como Ofelia, espuma que se desvanece en el torrente. Como Ofelia, un cielo que se ofrece y se desdía.

Nunca ha producido el arte una creación más pura, ni divinizado una realidad más humana, ni concebido una verdad más esplendente.

El arte no demuestra; pero el arte presente. Y es lícito pensar que Shakespeare, al dar vida mental a la divina hechura de su alma, presintió que en ella fundía para siempre las eternas aspiraciones del sentimiento en todos los climas, en todas las edades, en todos los caracteres de los hombres.

A qué aspira el sentimiento, a qué aspiran todos los seres racionales en el período del sentimiento? A realizar el sueño dorado de la vida.

Y qué le piden? Cuanto tiene Ofelia: dulzura, sencillez, candor, sinceridad, delicadeza en los senti-

mientos y en los actos, inocencia en todos sus deseos y pensamientos, capacidad para todos los afectos, desde el razonador con el hermano hasta el sumiso y humilde con el padre; desde el que tiembla en presencia del amante hasta el que hace temblar en su delirio.

Y cuando se ha realizado lo exigido y el ímpetu de esa enajenación de la ventura traspone la realidad, y se establece una lucha entre lo ideal y lo real, que está al lado y está lejos, y triunfa lo real, como es bueno que triunfe y necesario, entonces se exige al ideal que se evapore, se lucha contra él por importuno, se le mancha con el fango de la duda, se le escarnece con el escarnio de las realidades impuras, se reniega de él tres veces; y si por acaso llega el momento de razón excelsa en que se ve que no había incompatibilidad entre lo real y lo ideal, ya no queda de éste más que el recuerdo placentero y congojoso a un mismo tiempo, el aguijón de infinito que ha dejado clavado en el cerebro, el ansia insaciable que devora para siempre el sentimiento.

Eso es Ofelia para Hamlet: el ideal del sentimiento, opuesto a la realidad de la razón.

La lucha de Hamlet para aborrecer lo que ama, para escarnecer lo que idolatra, para enfangar en el fango de la realidad—en que de pronto se sumerge—la divina pureza de su ídolo, es la lucha que sostiene todo ser fuerte. El dolor, el martirio, la agonía de Ofelia; dolor, martirio y agonía de todos los seres delicados.

Ofelia no es un carácter, ni en el sentido ético ni en el estético. No, desde el punto de vista de la ética, porque es un ser sin responsabilidad; es demasiado inocente

para conocer el mal y demasiado delicada para resistirlo. No, desde el punto de vista de la estética, porque el conjunto de cualidades que la constituyen y el conjunto de circunstancias que la cercan, no producen choque ni combate, victoria o vencimiento. Ama,—esa es su existencia y es su historia. Por amor a su padre y a su amado, pierde su razón en la primer contrariedad. Hubiera resistido al dolor de la muerte de su padre si, menos sencilla e inocente, hubiera sido capaz de comprender el congojoso amor de Hamlet? Aquí hubiera empezado su carácter, porque habría empezado la determinación de su voluntad a un fin prefijo. Pero aquí hubiera concluido Ofelia. Ofelia en lucha, en combate, en formación moral, en crecimiento de espíritu, en modificación de sus cualidades originales por la experiencia y el dolor, por la pasión y la contrariedad, hubiera sido un carácter, una mujer, una heroína; pero no hubiera sido Ofelia. El encanto, la delicia, la armonía de esa dulcísima creación consiste en que realiza e individualiza aquel estado del espíritu humano, lleno de tinieblas luminosas, de luz difusa, de vaguedad deleitosa, de penumbras intelectuales y morales, de celestial claro-oscuro, de dudas y de fe, de ciegas esperanzas y de tímida desconfianza en que yace el sentimiento al contemplar la armonía de la vida, al creerla creada para él, al sumergirse con fruición en ella, criatura y creador de su ventura. Sobreviene una disonancia, el sentimiento se recoge, y no vuelve jamás a gozar ni en la tierra ni el cielo de aquella armonía de la felicidad, de aquella felicidad de la armonía.

Este estado se llama amor, y es un estado tan universal como efímero. Todos los seres de razón lo experimentan, porque todos los seres de razón tienen la facultad de sentir, de estimar, de amar lo bello, y el derecho (si saben ejercerlo) de ser felices, realizando su sentimiento de lo bello en el amor.

Esa universalidad del sentimiento con sus caracteres precisos de inconsciencia, vaguedad, fugacidad, jamás se ha expresado, jamás se expresará probablemente con tanta verdad, con tanta realidad, como lo expresa Ofelia. Llenas están de amores la vida, la historia, la escena y la novela. De ese amor único, el más universal porque abarca toda una facultad del ser humano en el primer impulso de esa facultad, hay algunos ejemplos en la vida y en la historia: en el arte, sólo tiene una expresión, y esa es Ofelia.

Los que la han visto vivir como ha vivido, en la perfecta sinceridad de su inocencia; enloquecer como ha enloquecido, «embelleciendo la aflicción, el dolor y el mismo infierno», según dice su hermano; morir como ha muerto, pasando «de su melodioso canto a su turbia muerte» (*from her melodious lay to MUDDY death*), según dice Gertrudis; los que la han visto con tan púdico laconismo declarar su amor, defenderlo con tanto candor contra la duda, posponerlo a su dignidad y su recato en el venturoso momento de tener a sus pies a su amado, se sumergen en conjeturas calumniosas al oírle cantar en su locura la provocativa cantinela de San Valentín, y dudan de su pureza virginal. Esa duda es la prueba más completa de la perfección de ese ideal. Dudan, porque toda perfec-

ción, así real como ideal, provoca dudas. En vez de dudar, admirarán, cuando recuerden que la locura es una enfermedad del cerebelo, que es el núcleo del sistema neuroespinal; que las sensaciones producidas por la demencia en esos órganos se transmiten a los más simpáticos con ellos; que esa transmisión y esa simpatía puramente orgánicas no pueden ocultarse o dominarse cuando ha muerto el dominador de las sensaciones, la razón; y que si coincide en la demencia la sensación con el recuerdo, no es el recuerdo el que determina la sensación, no es ésta un recuerdo de la realidad.

Y si, restituída a la absoluta integridad de su belleza moral y corporal, Ofelia es más bella y más pura que fué antes, porque ya no es un sueño creado por la fantasía, sino una realidad viviente, un ser de carne y hueso, con funciones y órganos que para nada obstan a la sublime realidad de su pureza, a la sublime idealidad de su belleza.

Era un florero quebradizo: plantaron una encina en vez de plantar una violeta, y se quebró.

Era un corazón de cristal: en vez de someterlo a la dulce temperatura del amor, lo sometieron a la presión de las pasiones, y estalló.

EUGENIO M. DE HOSTOS

Cortejo blanco

Oh encanto mañanero de la frondosa orilla!
visión tersa y jocunda de un movedizo espejo,
cuando el Sol, renovando pristina maravilla,
en el fondo del lago deja un astro bermejo.

Oh encanto multiforme de la gentil flotilla,
cuyas velas son alas, cuyos pechos son quilla;
visión de gracia y ritmo con nivoso reflejo!...
los cisnes pasan raudos; son mi blanco cortejo.

Son solaz de mis ojos, que escudriñan en vano
desiertas lejanías de cobálticos frisos,
donde el agua y el cielo, solos, funden su arcano

de horizontes profundos, verdiazules y lisos.
Inefables y breves, los cisnes seductores
son el símbolo amable de mis muertos amores.

CONDESA DEL CASTELLÁ ¹

¹ Poetisa española autora de un libro de sonetos titulado: *Poema del Cisne y la Princesa*.

La cultura de la mujer

Es más culta la mujer que el hombre en nuestra sociedad?

Con esta pregunta encabeza *Nosotros* una encuesta que es hoy en nuestro país un verdadero problema social.

El ilustre publicista, psicólogo y sociólogo argentino que ha dado su opinión a este respecto conoce mucho a nuestro mundo social, pero no todo lo profundamente necesario para poder dar una explicación a esa superioridad en nuestra cultura y a esa inferioridad en el sexo fuerte.

En principio la mujer (y sobre todo nuestras mujeres, ricas en inteligencia y en facilidad de asimilación), es más susceptible, más delicada en sus sentimientos, y sobre todo mucho más viva que el hombre. Pero es el caso que nuestro cerebro, poco cultivado por lo general, se atrofia, cuando no muere de inanición.

El género de educación que recibimos las mujeres de esta tierra, es ilógico y es anticuado. Apenas un dos por mil, en el sexo femenino, reciben una educación amplia, y esas son tachadas de feministas avanzadas, etc.

Si a medida que se van desarrollando las condiciones intelectuales de la mujer, se les fuera dando forma, puliéndolas por decirlo así, llegaríamos a ser sin duda alguna superiores al hombre intelectualmente, como ya lo somos en delicadeza de sentimientos. No hay razón ninguna para creer que el Divino Hacedor tuviera la poca galantería de hacernos inferiores en materia de cerebro, ya que nos hizo

físicamente superiores al hombre.

Es que hemos evolucionado, dejándonos dominar hasta en eso.

En cuanto a la incultura de los hombres, si algo hay de criticable en ellos, sólo las mujeres tenemos la culpa. Las mamás modernas llevan hoy una vida que está reñida en absoluto con todo lo que sea hogar en el sentido práctico de la palabra. Los niños varones son educados en los colegios o en las universidades; salen buenos cuando su índole es buena, y malos (la mayor parte de las veces), puesto que la inclinación natural del hombre es la perversidad.

Sólo una madre puede corregir con dulzura y firmeza al mismo tiempo esos mil defectos naturales en el corazón masculino, y cuando esa madre abandona en manos mercenarias el cuidado de sus hijos varones, no debe quejarse luego cuando un *verno* educado en la misma escuela, hace la eterna desgracia de su hija.

En cuanto a la costumbre de aislarnos porque «encontramos la compañía de los jóvenes frívola y vulgar», protesto enérgicamente. La actual generación, hombres y mujeres, es absolutamente insustancial, física y moralmente. Salvo honrosas excepciones.

Es mil veces preferible la compañía de los hombres a la de las mujeres. No hablo de los chicos insignificantes que se dan aires de hombres, cuando sólo son *proyectos*. Hablo de los hombres cultos, inteligentes, instruidos, ilustrados; que los hay entre nosotros,

gracias a Dios! La compañía de esos hombres es agradable e instructiva a un mismo tiempo. Ahora bien, de aquí proviene esa desavenencia entre los dos sexos. Cómo es posible que un hombre de talento soporte la compañía de una jovencita a la moderna, que no sabe más que distinguir un «Paquín» de un «Redfern», o comentar el último noviazgo elegante de la estación? Aunque haya en esta generación niñas inteligentes e instruidas, esos hombres de talento no buscan su compañía porque ignoran sus condiciones. Y una de esas niñas, a su vez, tiembla de encontrarse en *tele á tete* con uno de esos muñecos que sólo saben hacerse el nudo de la corbata o manejar su «voiturette».

Hasta el idioma se despedaza aquí, lo que es otra demostración de la mala educación que se da a las generaciones modernas.

No puedo juzgar las condiciones de cultura de otros países, puesto que no he podido ver de cerca sus sociedades. Sin embargo, la lectura nos une mucho a esos países aunque no tengamos igual idioma.

Aquí la mujer argentina sabe siempre hablar varias lenguas. Las mujeres extranjeras van abriéndose camino e imponiéndose por su talento. En cuanto a los hombres, la mayor parte de sus producciones, las teatrales sobre todo, son sucias y descorazonadoras. Los autores italianos no tienen nada que envidiar a los franceses como imaginación corrompida. En cambio hay una verdadera eclosión de autores españoles, tanto novelistas como dramaturgos, que son una compensación de la mala escuela y que no sólo tienen un talento admirable, sino que sus obras son un derroche de finura y delicadeza.

Nosotros en vez de progresar, vamos hacia atrás; y ya vendrán extranjeros a admirar nuestro adelanto, y la belleza de nuestras mujeres, y podrán comprobar que en este país admirable sólo se cultiva... la tierra.

Eduquemos a los niños de ahora, y ya vendrán generaciones que honren a la patria argentina.

CONSUELO MORENO
(Roxana)

Meditación ante un rostro

Tristemente ante tí estuve meditando,
desconocida dama, que no sospecharías
la joven turbulencia de mis ardientes días,
aplicada a fijar tu perfil triste y blando.

Y mi asombro era fuerte al mirarte gozosa
cuando nada te guarda el mañana implacable,
perdida ya la única riqueza innumerable:
ser tentadora y joven, y audaz y vaporosa.

Entonces, es la vida más suave, menos dura que yo la ví, pues guarda cuidados maternas que a la vejez alivian su unánime amargura, cuando todas las cosas son tristes y glaciales?

Pero viendo tu faz, amarillenta y mustia, sé que vendrán las horas que nuestros lirios roben; y muda me penetra una secreta angustia al contemplar tu máscara que ayer fué bella y joven.

—Yo, que quiero vivir hasta el fin, es posible pensar que así algún día reiré sin dolor, cuando haya perdido el tesoro indecible: la audacia, la belleza, el orgullo, el amor?

LUCÍA DELARUE-MARDRUS¹

Las mujeres y los libros

(fragmento de una carta que, en enero de 1840, envió la autora a su hermano mayor)

Tengo la firme convicción de que un amor sincero por los libros es una de las mayores bendiciones que en la vida han encontrado el hombre y la mujer, principalmente la mujer; además es mi creencia que a la lectura se pueden dedicar muchos momentos del día sin que se trascuren por ello los propios deberes domésticos.

Una mujer puede conceder su atención diaria a las faenas que impone el gobierno de la casa, puede estar, desde la mañana hasta la noche, con la aguja en mano o haciendo funcionar su máquina de coser, puede dedicar su tiempo a recibir y a hacer visitas; pero a nadie se le oculta que no es necesario que pierda todo su tiempo en esas cosas.

El conocimiento que nos da la buena lectura aumenta el placer que sentimos, pues a la vez que concede variedad a la vida, da a nuestra mente mucha penetración haciendo que podamos entender perfectamen-

te todo libro que leamos después.

La música y el dibujo son adornos femeninos que, a veces, es preciso abandonar después del matrimonio, también una enfermedad nos obliga a dejar su cultivo; pero la falta de los conocimientos en música y en dibujo es algo que no se nota cuando conversamos con amigos y amigas, mientras que la falta de los conocimientos que adquiere una mujer con la lectura, es cosa que inmediatamente se percibe aun cuando no se haga alusión directa a un asunto. Por eso creo que nosotras las mujeres debemos leer mucho, muchísimo.

SARA COLERIDGE²

¹ Poetisa francesa nacida en 1880. Ha publicado las siguientes interesantes obras poéticas: *Occident* (1900), *Ferveur* (1902), *Horizons* (1904), *La figure de bronze* (1908) *Par vents et marées* (1911).

² Escritora inglesa de la primera mitad del siglo XIX. Es autora de un *Ensayo acerca del Racionalismo*, del cuento de hadas *Phantasmion*, de las *Lindas historias para niños buenos* y de un prólogo a la *Biografía Literaria*, escrita por su padre, el célebre Samuel Taylor Coleridge. Murió en 1820.

De mi Diario

20 de agosto a las diez de la noche.

Lo que acabo de ver es demasiado poético para dejar de contártelo; nuestras señoritas que se hallan reunidas allá lejos a lo largo del arroyo, cantando, riendo, apareciendo aquí y allá entre el ramaje de los arbustos como ninfas de la noche, a la claridad de la antorcha que lleva Juanito, convertido en fanal ambulante del regocijado grupo; es la pesca del cangrejo, diversión que Eremberto ha querido proporcionar a las jóvenes, siempre ávidas de pasatiempos. En vez de ir a presenciar su entretenimiento me ha parecido mejor quedarme aquí para referirte lo que fuera observando. Las oigo reír y más reír; esta edad es una alegría permanente. En cuanto a mí, necesito reposo y acostarme, más bien que andar correteando sobre el fresco césped que tapiza las márgenes de los arroyos. Adiós, Mauricio; hemos hablado largamente de tí, al enseñar a los amigos los regalos de boda. No querría dejarte, sino por fuerza. Sobra materia para pasar la noche describiéndote lo que se ve y oye en mi delicioso cuartito, los numerosos visitantes que en él se cuelan sin mi autorización, pequeños insectos, negros como la noche, maripositas moteadas y listadas de varios colores, que vuelan como locas alrededor de mi lámpara. He ahí en este momento una que se tuesta en la llama; ahora marcha de aquí otra, pero acaba de ser reemplazada por la que entra de refresco y revolotea sin rumbo de acá para allá, mientras encima de la mesa veo moverse algo

que parece un granito de polvo que camina. ¡Cuántos habitantes en tan reducido espacio! Una palabra, una mirada a cada uno, una pregunta sobre su familia, género de vida y región de donde viene, sería cosa de nunca acabar; más vale rezar mis oraciones aquí junto a la ventana, contemplando la inmensidad de los cielos.

25 de Agosto—Oh! los viejos castillos, con sus enormes cuadras, sus muebles antiguos, sus amplias ventanas, desde donde se alcanza a ver la bóveda entera del cielo, los retratos de hermosas damas y grandes señores; todo este conjunto produce un secreto placer al que lo contempla, al que se mira en medio de él vagando de pieza en pieza. Cómo me encantan los viejos castillos! Y llevo ya una hora disfrutando el placer que me produce la vista de tantos objetos curiosos... Te escribo desde Montels, en una habitación retirada, donde por fortuna he hallado tinta; me olvidé de tomarla y sentía no poco verme privada de poder decirte algo de lo que pasa por mi imaginación en esta residencia tan de mi gusto. Lo lamentaría siempre, con tanta más razón, cuanto que en cada lugar tropiezo con recuerdos de la infancia, y tú sabes cuánto deleitan las memorias de lo pasado. Tenía nueve años, cuando vine a Montels. Al llegar, he reconocido la iglesia cobijada bajo el amplio ramaje del olmo gigante, a cuya sombra me gustaba saltar; después el patio grande y luego el pequeño con sus pozos, la puerta vidriera del salón,

y en éste los retratos de las altas y elegantes señoras que tanto me gustaba contemplar; una de ellas tiene al lado un cuadro que representa a un capuchino en oración; curioso contraste en que nunca me había fijado tanto como ahora. En la infancia apenas impresionan las observaciones que suponen alguna reflexión. Salimos de casa a cada instante, corremos, vagando de una parte a otra, a través de los bosques, por los paseos de soberbios castaños y en las inmensas praderas. Qué vida tan encantadora la del campo, si estuviéramos menos solos! Aquí nos reunimos Madama de Paulo, su hija, Luisa de Thézac y yo; además de Enriquito que contribuye a divertirnos. Un niño, cuando menos, mete ruido, y el recinto de los viejos castillos lo necesita, porque de otro modo el silencio engendra temores, espectros, duendes. Hay más de una leyenda por el estilo acerca de este castillo. En otro tiempo, cierta religiosa...

Me piden el tintero, y con él me ha faltado la historia de aparecidos que iba a referirte, pero he aquí una leyenda que la sustituirá con ventaja:

LA BALADA DE LOS MONTAÑESES

Queridas hermanas, un *De Profundis*:—la campana dobla por mi adorada—que murió abandonándome,—para volar al Paraíso.—Mejor es el Paraíso que la tierra,—donde

sólo se experimentan amarguras;—campana, dobla por mi pastora;—mañana doblarás por mí.

He visto cruzar por el cielo una estrella fugaz.—Pastorcita mía, eras tú?—estarás condenada todavía—a padecer por mi causa?—He visto por la noche sobre el helecho—danzar en la medrosa claridad—de la celestial mensajera,—a la más ligera de todas las bellidades.

Lisi, he creído reconocerte.—Ay! en esa hora quizá—expiabas en horrible tormento—goces que sólo duraron instantes!—Campana, dobla por mi pastora,—ábrele el camino del cielo.—Convoca, convoca a la oración—a todos los que amaron a Lisi,—y para poner término a mi dolor,—campana, dobla por mí, mañana.

Si apesar de mi acerba pena,—Lisi, no he muerto contigo,—es porque no tenías madre,—que te rezara después de expirar;—mas tan luego como de la tierra—haya tu alma remontado su vuelo,—en el instante en que el poderoso San Pedro—te haya abierto su reino de oro,—«Venid, venid a orar»,—repetirá la campana al pasajero:—«Los que orasteis ayer por la pastora,—orad hoy por el amante».

Así dijo, y la hora postrera—vino a curarle de su tristeza;—y yo oí a su pobre madre,—gemir también agobiada de dolor:—Campana, dobla por mí, mañana.

EUGENIA DE GUÉRIN

Avisamos

a nuestros suscritores que con el número 10 termina el primer año de CORDELIA y que si quieren que siga viviendo deben, antes del primero de Junio próximo, renovar su suscripción enviando directamente un colón al Director de CORDELIA en Heredia.